

Turenne, Varzi y C.ª, Impresores.—18 de Julio 23.

Año VII. Montevideo, 21 de Junio de 1903. Núm. 275.

cidió dejar á París, y dirigirse á Alejandría. Así es, que cuando á la señora Ridal le dijeron que su marido viajaba «solo, por Egipto», no la engañaron, le dijeron la verdad.

CAPÍTULO XXXII

Como el abogado Morton había previsto, la señora Ridal, se vió precisada á abandonar á Dunwold. Aquella casa, tétrica desde la salida de su esposo, hacíala sufrir horriblemente y durante las noches, le acometían ardientes insomnios durante los cuales mordía la sábana para no prorrumpir en desconsoladores gritos. Abajo, en el comedor no podía sentarse á la mesa, pues el vivo recuerdo que conservaba de la misteriosa carta torturaba su alma, y arriba, al cruzar por cualquiera de los aposentos veíasela por todas partes, y no salía de aquellas habitaciones para huir del querido y torturado esposo, porque tenía la certeza de hallarlo también donde quiera. Pero existía otro lugar de deseos y terrores, sagrado santuario donde no entraba sino temblando: era éste el dormitorio de su marido. Ninguno de los muebles había sido cambiado; ocupaban todos el mismo lugar que cuando él estaba y desde la triste mañana de su partida ni un solo día había dejado de visitar la habitación, sollozando amargamente; besaba la cama, y su emoción era tan violenta que la desdichada empezó á temer que le faltarían las fuerzas para resistir tanto anonadamiento. Hubo además otra razón no menos poderosa por la que se decidió Leonor á abandonar á Dunwold. Guillermito, su hijo querido, á pesar de toda su belleza y aparente rebustez, estaba muy lejos de ser una criatura fuerte, y sin saberse la causa, cayó gravemente enfermo. Varios médicos visitaron al niño, y después de repetidas consultas, aconsejaron á la desdichada madre que debía llevarlo al sur de Francia.

Agobiaba Leonor con el nuevo peligro que le amenazaba, llamó á su padre, y de acuerdo con él, compró una finca de recreo que á la sazón se hallaba de venta en el lugar indicado por los médicos, y pocos días más tarde, abandonó aquella casa donde tanta dicha y tantos pesares había experimentado su corazón.

La antigua mansión solariega debería conservarse en el mismo orden, quedando al cuidado de ella la anciana ama de llaves. Las habitaciones que habían pertenecido á su marido estarían siempre listas como para recibirlo, pues aunque—según dijo en su carta—que jamás volvería, la amante y cariñosa esposa no desesperaba de que regresase algún día ¡Cuán doloroso le era pensar en la partida! ¡había gozado tanta felicidad en aquella casa!; pero no obstante y muy á pesar suyo, su espíritu experimentó cierto consuelo cuando al terminar los últimos preparativos, se dispuso para el viaje.

—¡Qué alivio, dijo al señor Gordon que la acompañaba, sentirá mi alma, cuando me halle lejos de esta casa! ¡Hasta entonces, no creo que consiga olvidar mis pasadas felicidades y mis infortunios presentes!

—Sí, hija mía, le contestó don Guillermo estrechándola contra su pecho; por el pronto es lo mejor que has podido hacer. Irte muy lejos, y ya verás cómo Dios te proporciona el consuelo que tanto necesitas. Luego continuó: Iré á verte, pero mientras tanto, prométeme, hija querida, que pondrás de tu parte cuanto puedas para consolarte.

La encantadora joven rodeó con sus delicados brazos el cuello del buen anciano y con los ojos llenos de lágrimas, lo colmó de caricias, murmurando casi sin poder hablar por la viva emoción que sentía:

—Te lo prometo, padre mío, sólo pensaré en cuidar á mis hijos, pero en cambio, prométeme que rogarás á Dios por ellos.

Y sin pronunciar una palabra más, padre é hija se separaron, no sin que antes de abandonar aquella mansión, que le había sido tan querida, dejase la joven de abarcarla toda con una mirada llena de amargura.

La infortunada Leonor derramó abundantes lágrimas al cruzar el canal que tantas veces había contemplado desde la terraza de Dunwold. Acompañada por el viejo mayordomo Benet y el aya de los niños, durante todo el viaje no cesó de llorar un momento. La despedida de su cariñoso padre, y su hijo enfermo, atribularon su espíritu, acudiéndole con mayor insistencia á la memoria el recuerdo de todas sus desdichas. Reaparecía en su cerebro el recuerdo de otros viajes más felices en los que acompañada de Lionel, había sido objeto de cariñosas manifestaciones, cuidados y anhelos; pero si alguna vez y á fuerza de continua lucha, conseguía borrar de la memoria el triste pasado, las constantes é inocentes preguntas de su hijo Guillermo hacíanle recordarlo. Nadie podía comprender cómo aquel tierno niño amaba á su padre; en sus juegos, palabras y caricias, demostraba el inmenso amor que le profesaba y seguramente que por verlo y sentir sus halagos, hubiera dado la mitad de su vida. Pero el pobre niño sintió un terrible vacío en su espíritu desde la partida de su padre y en aquel viaje parecía sentir los mismos efectos de tristeza que su desconsolada madre.

— Mamá, exclamaba con acento infantil. ¿Dónde está papá?

Y la desdichada Leonor no encontraba frases que contestarle, se deshacía en llanto.

—Dime mamá, ¿dónde está papá? repetía el niño. ¿Por qué no viene?; yo quiero verlo, nadie jugaba conmigo como él.

—¿Quieres mucho á papá? hijo de mi alma.

—Sí, mamá; lo quiero tanto que no pienso en otra cosa sino en el día en que debe volver.

Y con estas y otras preguntas por el estilo, hacía padecer á su madre, que no pudiendo hacer otra cosa, lo cogía en sus brazos y lo cubría, sollozando, de apasionadísimos besos.

Poco á poco y á fuerza de repetirse estas escenas, Guillermito, á pesar de su corta edad, llegó á comprender que con sus constantes preguntas torturaba á su madre y de repente pareció adoptar el propósito de no afligirla más, acabando por no volver á nombrar á su padre en su presencia.

CAPÍTULO XXXIII

A corta distancia de la orilla del mar, bañada por las frescas brisas de las montañas, le-

(Continuará).

"LA ALBORADA"

PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 21 DE JUNIO DE 1903

Comisarios del mes de junio: señores Juan Victorica, Agustín J. Moratorio y G. Piccioli

1.ª carrera—Premio «Gargouille»

Handicap para caballos de 3 años y más edad, perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo y para los que no hayan ganado en 1903. —Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios $ 350 al 1.º y $ 50 al 2.º.—Excluídos los ganadores de clásicos.—A la 1.30 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
S. Cuaró	1	«Mario»	zaino	4	58	Jonquill—Love Leter	ch. mar. g. oro y nar. á r.
S. Santa Lucía	2	«Acomodo»	zaino	7	58	Salomón—Princesa	ch. col. mg. y g. oro viejo
» »	3	«Ebano»	oscuro	5	52	Stone-Cross—Eary Love	ch. col. mg. y g. oro viejo
S. Navarro	4	«Chato»	zaino	6	53	Rusticus—hija St. Simón	ch. y g. cel. b. col. y am.
S. Treinta y Tres	5	«Olimar Chico»	oscuro	5	51	Pan y Bambina	ch. y g. punzó b. blanca
S. Lutece	6	«Zorro»	alazán	7	51	Oriental—Calaguala	ch. y g. pzó. bda. b. mg. am.
S. Recuerdo	7	«Amina»	zaina	3	47	Mevoi-in—Miss Bowler	ch. y g. azul
S. Apolo	ff	«Divisa»	zaina	4	48	Aquiles—Raquel	ch. turquesa g. colorado

Forfait. *Divisa.*

2.ª carrera—Premio «Vivandera»

Handicap para todo caballo ganador de más de 1500 $ en todo tiempo.—Distancia: 1400 metros aprox. —Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: $ 450 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 2 y 5 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Kartoum»	alazán	4	60	El Amigo—Violette	ch. y g. punzó
S. Uruguay	2	«Uruguay»	zaino	3	56	Progreso—Conformidad	ch. celeste g. blanca
S. Yatay	3	«Cassio»	alazán	6	43	Camors—Delicada	ch. y g. azul mar á l. bls.
S. Clover	4	«Hierro»	alazán	4	55	St. Honorat—Hippolyte	ch. az. mgs. o. g. az. y o.
S. Santa Lucía	5	«Acomodo»	oscuro	7	52	Salomon—Princesa	ch. col. mgs. y g. oro viejo
S. Buenos Aires	6	«Rovela»	zaina	4	51	Saint Gal—Miss Rovel	ch. azul mgs. gr. g. col.
E. Exmoor	7	«Cronge»	zaino	4	49	Júpiter—Elsa	ch. ros. á lam. n. g. r. y n.
S. Girondino	ff	«Calepino»	alazán	3	63	Camors—Belle Rake	ch. neg. bda. y g. punzó
S. Salsipuedes	ff	«Lingote»	zaino	3	47	Gayt Hermit—Mascote	ch. puz. mgs. y g. violeta

Forfait: *Calepino* y *Lingote.*

3.ª carrera—Premio «Marianita»

Para productos de 2 años que no hayan ganado.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada $ 10.—Premios: $ 400 al 1.º, $ 50 al 2.º—Peso; 54 y 52.—A las 2 y 40.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESOS	PADRES	COLORES
E. Chantilly	1	«Chantilly»	zaino	2	54	Progreso—Italia	ch. y g. punzó
S. Uruguay	2	«Quebracho»	alazán	2	54	Litigation—Cantinera	ch. celeste g. blanca.
S. Salsipuedes	3	«Acuerdista»	tordillo	2	54	Progreso—Fornarina	ch. punzó, mgs. y g. viol.
E. Clover	4	«Chulo»	zaino	2	54	Júpiter—Pobrecita	ch. az. mg. oro g. az. y o.
R. Guadalupe	5	«Chazel»	zaina	2	52	Progreso—Aigrette	ch. violeta g. naranja
S. Apolo	6	«Bruma»	alazana	2	52	Litigatión—Violeta	ch. turquesa g. colorada
S. Lutece	7	«M. Mantova»	colorada	2	52	Guerrillero—Generala	ch. y g. pz. bda. bl. mg. am.
S. Sorpresa	8	«Gloria»	zaina	2	52	Guerrillero—Dinamita	ch. blanca bda. y g. oro
S. Imperio	9	«Amazona»	zaina	2	52	Progreso—Conformidad	ch. vde. g. vde. con rib. n.

4.ª carrera—Premio «Belle Rake»

Handicap para caballos que no hayan ganado más de 1500 $ en todo tiempo.—Distancia: 1800 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait; $ 5.—Premios: $ 350 al 1.º y 50 al 2.º.—A las 3 y 15 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Uruguay	1	«Chipa»	zaina	3	57	Progreso—Vanda	ch. celeste g. blanca
E. Chantilly	2	«Cincinato»	alazán	3	56	Offenheit—Circé	ch. y g. punzó
E. Clover	3	«Uruguayo»	zaino	3	55	Júpiter—Melilla	ch. az. mgs. o. g. az. y oro
S. Tejera	4	«Chiquito»	zaino	3	53	Express—Favorita	ch. pzó. á lun. blan. g. p.
S. Cuaró	5	«Meca»	alazana	4	52	Guerrillero—Iona	ch. marrón g. oro
S. Cuaró	6	«Suárez»	zaino	3	49	Napoleón—Glicina	ch. marrón g. oro
R. Guadalupe	7	«Veneno»	alazán	5	52	Guerrillero—Ametra'dora	ch. violeta g. naranja
S. Redención	8	«Dandy»	zaino	5	50	Prometeo—Vivandera	ch. celeste g. colorada

5.ª carrera—Premio «Favorita»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2000 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios. $ 450 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 3.50 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
S. Chantilly	1	«Kartoum»	alazán	4	60	El Amigo—Violette	ch. y gorra punzó
S. Cololó	2	«Digón»	zaino	3	52	Progreso—Ondina	ch. y g. col. bda. y mg. n.
S. Cuaró	3	«Mario»	zaino	4	51	Jonquill—Love Letier	ch. marrón g. oro
S. El Bosque	4	«Clio»	zaina	6	48	Acnerón—Calandria	ch. am. y negra g. color
S. Los Pinos	5	«Lybia»	zaina	6	47	Hervidero—Fornarina	ch. turq. bda. y g. punzó
S. Lutece	6	«Zorro»	alazán	7	44	Oriental—Calaguala	ch. y g. pzó. bda. b. ms. am.
E. Clover	ff	«Paolín»	alazán	4	55	Bolívar—Bettina	ch. a. ms. oro g. az. y oro

Forfait: *Paolin.*

6.ª carrera—Premio «Remate»

Para caballos de 3 años y más edad que no haya ganado más de tres carreras en todo tiempo.—Peso por edad.—Base de venta: $ 500.—Por cada cien pesos de rebaja 3 kilos de alivio.—Recargo de 3 kilos, por cada premio Remate ó á reclamar ganado en todo tiempo.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10—Premios: 350 $ al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 4.45 p. m.

PROPIETARIOS	ORDEN	CABALLOS	PELOS	AÑOS	PESO	PADRES	COLORES
E. Exmoor	1	«Nativa»	zaina	3	53	Lucrecia—Ilusión	ch. rosa alam n. g. r. y n.
R. Guadalupe	2	«Veneno»	alazán	5	53	Guerrillero—Ametralla'ra	c. violeta g. naranja
S. Las Piedras	3	«Cognac»	alazán	5	53	Camors—Buveuse	ch. bl. lun. pzó. g. punzó
S. Latino	4	«Góndola»	alazana	4	51	Express—Louisse Michel	ch. y g. col. y negra
S. Numancia	5	«Doña Sol»	zaina	5	51	Alerta—Dorada	ch. y g. n. y oro ray. b.
S. Querandíe	6	«Chorlo»	zaino	4	50	Offenheit—Gargouille	ch. mordoré g. verde
S. Recuerdo	7	«Amina»	zaina	3	50	Mivoisin—Mis Bowler	ch. y g. azul
S. Massena	8	«Garibaldi»	zaino	3	50	Aramio—Mestiza	ch. naranja mgs. y g. sal.
S. Argentino	9	«La France»	zaina	4	48	Paysandú—Lamia	ch. az. m. bl. p. cl. bl. g p.
S. Apolo	10	«Vidalita»	zaina	3	47	Offenheit—Vivandera	ch. turquesa g. colorada
S. Uruguay	11	«Albricias»	zaina	3	44	Progreso—Bettina	ch. celeste g. blanca

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate.*

La primera carrera se correrá á la **1.30** p. m.

PRECIOS.—Paleo, paddock y circo, $ 2.00; palco y circo, $ 1.00; circo, $ 0.50; carruajes, $ 0.50.

AÑO VII



LA ALBORADA

NUM. 275

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Junio 21 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

El almuerzo del domingo

El activo y «suertudo» empresario de la compañía dramática que actúa actualmente en el teatro Politeama, ofreció á sus amigos y á los *chicos de la prensa*—también sus amigos—un almuerzo á la española en el teatro citado, el último domingo. El *menú* de la *paella* lo componían solamente dos platos, pero suculentos y abundantes, confeccionados por la mano del propio señor Oliva, pues ha de saberse que á detrás de un cronista social de un diario que murió por arte y parte del *birli-birlo* del mágico gobierno, los que le conocen, que creemos es todo Montevideo, le apercibirán fácilmente. No hay como errar. Su simpática calva se deja ver *subrayada* por la no menos simpática del cronista social mencionado, que á lo que parece no le disgustaba la estampación pública en la *paella* del domingo.

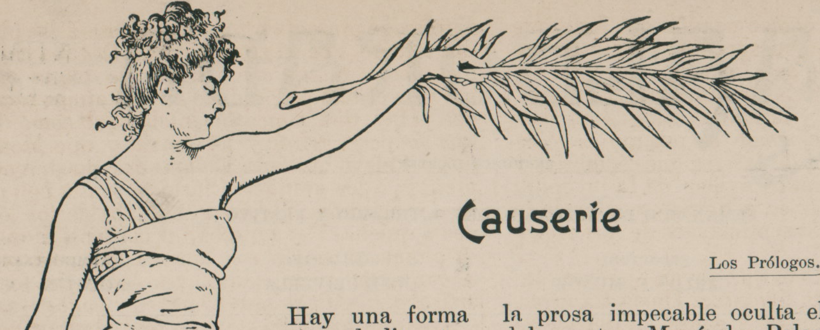


En la mesa — *Fots. de Blanco y Padilla, Uruguay 57.*

más de ser «suertudo» empresario de compañías de teatro, como decimos arriba, es un excelente *maitre d'hôtel* que no le va en zaga á los *cuisiniers* de la cocina española, aunque él no sea más que un acentuado *dilettanti*.

Se sentaron á la mesa preparada en el salón del café del teatro, representantes de toda la prensa de la capital en número abundante, además de los amigos invitados de Oliva, todos buenos gastrónomos, y como una prueba irrefutable de ello, diremos que se encontraba nuestro chispeante crítico *Tax*, que apesar de que quiso resguardarse del alcance del objetivo fotográfico

La comida se remojó con bueno y abundante vino Marambio, en medio de un fraternal ambiente democrático, sin las ceremonias graves de los otros, de los servidos en el hotel de Lanata, que dicen es *de los de la nata*, y sin abundancia de discursos como sucede también en los otros, pues á los *chicos de la prensa* no les gusta ni una ni otra cosa. Solo entonó las alabanzas del banquete y del buen empresario Oliva, el joven José Virginio Díaz, de la redacción de nuestro colega *La Razón*. Los empleados del teatro atendieron la mesa con amable solicitud.



Causerie

Los Prólogos.

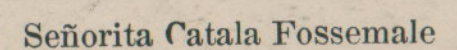
Hay una forma curiosa de literatura, que pide atención especial: es el prólogo. Pocos son los autores nuevos que tengan la audacia de publicar libros sin la pelimin*a*r alabanza del amigo sabio ó ilustre. El fenómeno es original y encierra una gran lección de psicología literaria.

¿En el que pide prólogo para su obra, hay timidez de autor novel, hay modestia que pide alientos, hay amor á la protección gloriosa del maestro? No lo creo. El prólogo moderno en su forma general, es un capítulo de exaltación enfermiza, una llamada al público para el aplauso: *plaudite cives!* El autor modesto no puede buscar esas páginas abrumadoras; el tímido escritor no quiere entrar á la vida literaria, con asomos de histrión, en que su mérito se centuplica y sus defectos y errores se opacan. No hay escritor que no pueda conseguir un prólogo ó una carta preliminar ó siquiera unas palabritas generosas «al lector». Los maestros se prodigan: el prólogo llega á ser una manifestación de cortesía, como tanto eufemismo de la conversación culta. No hay en él especial distinción ni aristocrática presea. Hasta los lacayos del Arte se visten con esa librea fácil y vistosa.

Es tal el número de los prólogos que cada crítico ó artista eminente ha escrito, que se impone un nuevo criterio que dé fama y valor literarios á esos títulos engañosos. ¡Cuántos prólogos ha escrito, por ejemplo, don Juan Valera! Pocos son los autores que no han alcanzado una página clásica del olímpico maestro. Pero en él, como en todo príncipe de las letras, hay odio contra las formas vacías, contra las fraseologías gastadas, contra las rimas sin médula. Y muchas veces el prólogo se convierte en sátira donosísima, cruelmente vengadora donde la prosa impecable oculta el gesto desdeñoso del maestro. Menéndez Pelayo—otro grande y bondadoso crítico—ha escrito prólogo para muchos libros, donde su firma tiene la fuerza de una acusación contra las exageraciones de la amistad.

El verdadero fin del prólogo, no es el pródigo aplauso ni el fácil triunfo para el autor. En la literatura contemporánea, esa forma viciosa ha perdido su crédito. Lo que representa verdaderamente un prólogo bueno, es una necesidad de consagración literaria, una nueva y brillante investidura. El público desconfía de las apariencias diarias de tomos de versos ó de novelas originales: son tantos los libros pobres que la imprenta arroja á la curiosidad literaria, son tantos los engaños del *réclame*, que para leer un tomo nuevo se necesita que lo apoye la autoridad del maestro. La sociedad vive de recuerdos, de tradiciones literarias; alaba, como dice Horacio, el tiempo pasado; y los productos nuevos del ingenio chocan contra ese aspecto estático de toda intelectualidad fuerte. Para vencer ese primer efecto de natural desconfianza, se impone que el nuevo luchador se presenta bajo la égida de viejos púgiles, engreídos con el aplauso de la muchedumbre.





Señorita Catala Fossemale

Es cierto que esta obligada protección influye tristemente sobre ciertos espíritus. Se les exige una filiación literaria, se les pide el mote tradicional, se les impone el juramento religioso de la escuela. Los espíritus nuevos, los que rompen con los códigos antiguos, reciben siempre el ataque de la crítica. No tienen prólogo sino epílogo de tristezas y rencillas. La crítica llega á ser así un baluarte, que detiene el empuje novador y su labor pesa muchas veces sobre la conciencia artística de un pueblo, con toda la energía de las fuerzas hereditarias.

Son, pues, dos los escollos de la manía *prologuista:* ó se alaban sin medida producciones mediocres, ó cuando la obra rompe con el criterio de la crítica, sufre el rechazo de los defensores del pasado.

Pero también cuando el prologuista tiene las condiciones del crítico prudente y novador, cuando más que la alabanza ciega, pesa en él la verdad científica y el amor santo por los nuevos brotes, el prólogo vale y representa mucho en el mundo culto. Es el depósito sagrado de los ideales, es el generoso pendón del Arte, que los antiguos, los ya consagrados y famosos, entregan á los nuevos, con las vibraciones del entusiasmo y el fervor del proselitismo. Entonces, con el alma abierta y la sonrisa alentadora, puede el viejo maestro, como el pagano de Weimar, evocar á Elena de las regiones sombrías y entregarla á las miradas ávidas de la juventud intelectual. Entonces en el tronco secular de la patria florece la nueva primavera de los espíritus.

Pocos son los críticos que hayan ejercido esta noble acción sobre la juventud. Hasta Cánovas, que se llamó prologuista y pensó en que su reputación literaria valdría lo que sus prólogos, no ha sabido encaminar su obra ni preparar la evolución de los espíritus jóvenes. El sólo consagró su pluma á celebridades y á maestros, desde su prólogo á Revilla hasta el que precede la novela clásica de Valera.

Yo creo que—en la literatura española—nadie ha ejercido mejor el difícil arte del prologuista que Clarín. En la personalidad augusta de este espíritu templado y sereno, de este gran artista, en medio de la sátira y el odio á las medianías, se presenta un amor ardiente á las obras del talento, que, según su decir, llegaba casi al histerismo. Sentía como nadie ese toque original que el talento produce en las almas escogidas. Hay una simpatía intelectual como hay una simpatía moral; y no en vano dijo Menéndez y Pelayo que sólo los grandes pueden comprender á los grandes. Clarín la sentía con particular agudeza. Y cuando hablaba de los jóvenes á quienes él auguraba un porvenir glorioso, su pluma se movía con entusiasmo, y su prosa se convertía en un canto, ese canto del fervor artístico, que tiene notas suaves y sugestivas.

Tres son los prólogos que me admiran en la obra de Clarín: el que puso á «Mi Primera Campaña» de Altamira, el que consagró á «Goethe» de González Serrano y el que puso Rodó en la segunda edición de su «Ariel».

De ellos trataré en próxima ocasión, porque tienen mucha riqueza que exhibir.

F. GARCIA CALDERÓN REY.
(Idem).

Junio de 1903.

Ecos de la revolución



Escolta del comandante Bastarrica en la última revolución

De la ciudad de San José nos llega la adjunta vista de la escolta que tuvo durante la última revolución la división San José, al mando del comandante Bastarrica.

La susodicha escolta, que á su vez era mandada por el capitán Julián B. Batista, en toda la breve travesía de la también breve campaña que terminó, como se sabe, con un pacto fraternal, ocupaba el sitio de preferencia cerca de la carpa del jefe de las fuerzas, en el fogón número 1.

Casi todos ellos han formado en las filas del ejército de la revolución del 97, en las que probaron repetidas veces su valor y sus decididos entusiasmos por la causa que defendían.

Etoile filante

A la puesta del sol halléla un día,
Y en la luz del crepúsculo insegura,
Me pareció su espléndida hermosura
Un sueño de mi loca fantasía.

Amorosa visión! Era la mía,
La que colmó mis noches de ventura,
La que á mi ardiente artística ternura
Edénicas delicias prometía.

Desde ese instante con tenaz fiereza,
Fugitivo persigo su belleza
Entre la turba estúpida mundana
Y goza en los tormentos del delirio
Pues por hacer más hondo mi martirio
La busco ideal para encontrarla humana.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Rondel

En las alas de la rima
Vuelan siempre mis dolores;
Y en mi verso estalla en flores
Lo que en mí solloce ó gima.

Dolor rudo que me oprima
Trueco en áureos resplandores;
En las alas de la rima
Vuelan siempre mis dolores.

Niña de ojos soñadores
Que una luz ignota anima,
Altar sé para mis flores,
Y á tí vayan mis dolores
En las alas de la rima.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Obsequio del comercio

En los primeros días de la pasada semana, le fué entregado al señor Presidente de la República el cuadro con que le obsequió el comercio de Montevideo, en homenaje de admiración y simpatía.

La tela, pintada por el conocido artista uruguayo Luis Queirolo Repetto, mide 1 m. 70 por 1 m. 20, y en ella se destaca, con un buen parecido, la silueta de nuestro primer magistrado. Rodea el lienzo un artístico y simbólico marco tallado en Florencia por encargo del ilustre extinto Juan Manuel Blanes. Sus dimensiones son de 2 m. 20 por 1 m. 70.

Acompañaba al cuadro la siguiente dedicatoria:

«Ciudadano Batlle y Ordóñez: En las horas de oprobio para la República, hicisteis brillar el rayo de las iras sacrosantas con la vibración de la palabra austera y con el ofrecimiento de nuestra sangre en el campo de la lucha armada, abonasteis la sinceridad de vuestras doctrinas. Enferma la patria, necesitaba el brazo; hoy reclama íntegro el cerebro y el corazón. La nación os confía sus destinos en los comienzos de una era de próspera bonanza; á vos toca continuarla y encarnar en la realidad desde la altura, los ideales que hicisteis fulgurar en el llano.

Así lo espera el pueblo que os exalta y los infrascriptos, al manifestaros con este ofrecimiento, su confianza en la realización de tan justo anhelo, abrigando la creencia de que terminada la ruda pero gloriosa prueba, cuando este mismo pueblo os vuelva á recibir en sus filas, podrá exclamar entusiasta y agradecido. — Ciudadano: Habeis merecido bien de la patria. —Montevideo, marzo 1.º de 1903. José M. Vicco, Federico Gomez Amorín, Ricardo Graceras, Ricardo Cruces Rodríguez, Oreste E. Mayone.»

El Presidente de la República (cuadro de Queirolo Repetto)

Este cuadro viene á complementar así el obsequio que en forma de un rico álbum, recibió ha poco el señor Batlle y Ordóñez.

Uno de tantos

Allá por el corazón de la república, en el Paso de los Toros, anda uno de los tantos pobres diablos que han perdido la chaveta, como vulgarmente se dice, de ver al mundo como Dios nos lo hizo y los hombres lo arreglaron, un tal Pedro Tonti, más conocido por el apodo de *Patria*, al que le han entrado por las entendederas, ideas estrafalarias de grandeza, de poderío, de omnipotencias absolutas. Es un pobre diablo, pero su locura es magnífica. Así es que nos resulta un magnífico pobre diablo.

Entre sus muchos dislates, llenos de ampulosidad, ambiciosos, elevados todos, dice ser á quien quiera oirle y si nadie le quiere oir se lo dice á él mismo con arrogante monólogo, que él es el constructor y propietario de todo el Paso de los Toros, en fin, de su pseudo.



Pedro Tonti (a) *Patria*

A veces su locura se muestra guerrera, agresiva para la tierra de su residencia, y dice que va á tratar de hacer una alianza entre Italia, Francia, y la Abisinia para atacar al Uruguay y vencerlo...

Pero, en medio de todo, es un buen *chiflado*, un patriota, un idólatra partidario. Cuando en un lugar cualquiera está perorando á sus oyentes lo que va á hacer y á acontecer, lo que tiene y lo que quiere, termina irremediablemente, sacándose la gorra y de una manera que no deja lugar á dudas de que si lo está la cabeza, el corazón no está extraviado...—¡Viva la patria!.. Viva Garibaldi!...

La miseria

¡Abridme paso, reyes y emperadores, tiranos déspotas. Soy la reina harapienta. La eterna rebelde que llama á vuestras puertas. Vengo á anunciaros vuestra próxima caída.

Temblad, porque la proscrita de los palacios es más fuerte que vosotros reunidos. Vuestros súbditos se cuentan por centenares; los míos por millones. Hugo, el poeta del siglo, me cantó un libro que resultó un poema. Los boemios, los soñadores, las perdidas de la calle, los obreros sin trabajo, todos los desheredados, todos los postergados, todos los perseguidos, son mis súbditos. El harapo es mi bandera. Abridme paso.

¿Quién más fuerte que yo? Mis compañeros son el frío y el hambre; la tísis y la anemia. Mi hijo mayor el delito. Yo hago de la virgen una Mesalina; del obrero un ladrón. La embriaguez es mi terrible auxiliar. Mis súbditos se echan en sus brazos, por olvidarse de los míos. ¿Quién más fuerte que yo?

Temblad. Vosotros, los ricos frívolos, los egoístas del oro, los que me despreciáis porque no me conocéis, temblad. No olvidéis que una liviandad de vuestra querida, la Fortuna, puede traeros á mis brazos. Temblad todos, y escuchad:

Soy la madre de las revoluciones populares. Cométense injusticias; hablan los filósofos, los tribunos, los agitadores: fermenta la rebelión, pero no estalla. Hablo yo, y es llegada la hora de la reparación. Surgen mis legiones hambrientas y dan la gran batalla. Privilegios y honores, riquezas y vidas, todo, todo va al seno de la voragine.

Fuí yo quien hace un siglo amellé la cuchilla de la guillotina en las cabezas de los reyes, los nobles, los clérigos y los ricos. Fuí yo quien, ayer no más, paseó la tea de la comuna por las calles de París.

Despedí el siglo XVII con oleadas de sangre.

De entonces á hoy, la humanidad ha progresado mucho: despediré este siglo, con bombas y explosiones. Temblad.

Va á sonar la hora fatal. El combustible de veinte siglos está listo. Todas las injusticias cometidas por el Estado contra el individuo las cobrará éste al Estado.

¡Sociedad! Mis hijos, que lo son tuyos, relegados por tí al desprecio, van á exigirte estrecha cuenta. ¿No oyes? Un gran rumor viene de abajo y de arriba: de los sótanos y de las bohardillas. En esos antros, trabajan misteriosamente los zapadores. De allí saldrán los Marat y los Simón; los Pallas y los Vaillant. Yo voy de casa en casa, soplando al oído de los desgraciados la venganza de la desesperación. Un día, á mi voz, saldrán todos de sus madrigueras. Los bohemios cantarán la Marsellesa. Las rameras, la Carmañola. Detrás la inmensa legión de los desesperados irá cantando el himno de la anarquía.

Va á sonar la hora fatal.

Abridme paso. Aun es tiempo. Sólo ante la igualdad y la justicia puedo detenerme. Que se abracen el trabajo y la riqueza y os salvaréis.

Si no: ¡Ay de la sociedad caduca! ¡Ay de los expoliadores! ¡Ay de los que improvisan fortunas á costa del pueblo que se muere de hambre! ¡Ay de los histriones que aplauden la injusticia!

En vano tenéis fusiles y cañones. El pueblo tiene dinamita, tiene puñal, y tiene... hambre!!

Abridme paso. Soy la reina harapienta, la eterna rebelde que llama á vustras puertas. Vengo á anunciaros vuestra próxima caída. Aun es tiempo: arrepentíos. Abridme paso.

SANTIAGO KEIL AYALA.







Fantasmas

Célicas legiones de hadas vaporosas
En vaivén gracioso van y van pasando;
Son las ilusiones ténues, sonrosadas,
Son los sueños níveos, impalpables, diáfanos.
Llegan á mi oído y al pasar se inclinan
Himnos de esperanza quedo susurrando;
Son las ilusiones,
Los ensueños blancos,
Que entre frescas rosas y espumosos lirios
En bajel dorado,
Suaves nos deslizan
A través del mundo, ¡piélago encrespado!
Arrojando flores
Sobre los escollos que encuentran al paso!
. . . .
Son las ilusiones,
Los ensueños blancos,
Son los compañeros,
Los amigos dulces de los pocos años.
. . . .
Son las ilusiones,
Los ensueños blancos.
. . . .
. . . .
Los celestes bandos de hadas vaporosas
En vaivén gracioso van y van pasando,
Himnos de esperanza
Quedo susurrando.
Son las ilusiones,
Los ensueños blancos.
. . . .
Pero, ¡cosa extraña! Mis risueñas hadas
Las pupilas ígneas abren con espanto.
Aterrados huyen
Los alegres bandos...
Siento frío... tiemblo... Junto á mí se yergue
Un fantasma raro,
De pupilas negras, insondables, duras,
De ambarino cutis y terrosos labios.
Cúbrelo un espeso,
Renegrido manto.
Todo en él es frío, ¡hasta de sus ojos
El fulgor extraño!
Fuego incomprensible, que cegando hiela;
Fuego inexplicable, que deslumbra enfriando;
Viene á mí, se inclina; sus pupilas negras
Sobre mí ha fijado.
Mi aterido cuerpo
Tiembla y se contrae en terrible espasmo.
El fantasma oprime mi marmórea frente
Con su dedo helado;
Y fijando ahora su mirada dura
En mis níveos sueños que ya están lejanos,
Con desprecio y odio
Agitado mueve los terrosos labios.
Luego á mí se vuelve
Y hacia sí me atrae en estrecho abrazo;
A mi oído acerca su nerviosa boca,
Con acento intenso, convincente, trágico,
— ¡¡Mienten!! — dice — ¡¡Mienten!! — Luego me [abandona
Y se va, dejando
en mi frente, impresa,
La invisible huella de su dedo helado!
. . . .
¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!
. . . .
Ha pasado el tiempo
Sobre mí; los años
Con profundas huellas
Marcaron su paso,
Y jamás han vuelto
Ni las ilusiones ni los sueños blancos.
¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!
Es que aquel fantasma demacrado y frío
Era el Desengaño;
Y al tocar mi frente dejó en ella impresa
La indeleble huella de su dedo helado!
. . . .
¡Pobres ilusiones!
¡Pobres sueños blancos!

DELMIRA AGUSTINI.

Junio de 1903.

Claro de luna

Es una helada noche de otoño.
Cae sobre los campos la azuleja
claridad de la luna
y es esa claridad fija, serena,
cual la mirada inmóvil
de una pupila muerta.

Bajo el negro follaje de los árboles
las sombras de la noche se condensan
como un montón de náufragos
ante la claridad que las rodea.

En las sombras hay vida:
fugaces aleteos como rumor de sedas,
crujidos misteriosos,
vibraciones inciertas,
roces imperceptibles,
y algo como un murmullo de voces que se alejan.

A la vera de los árboles se desliza un arroyuelo
y en sus líquidos cristales se refleja
la pupila dilatada de la luna:
tal el ojo muy abierto de un espía cuando ace- [cha.

Bajo el negro follaje de los árboles,
cuyas rígidas siluetas
se recortan sobre el fondo fríamente iluminado,
por la enarenada senda,
toda en sombra,
la Amada y yo paseamos lentamente...

Es una noche helada. Su brazo el mío estrecha
y seguimos callados
por la senda.

Y á lo largo del arroyo silencioso
va la luna, por la orilla de la senda,
dilatando sobre el agua su pupila,
su pupila muy abierta,
su pupila que nos mira, que nos sigue
como el ojo muy abierto de un espía cuando ace- [cha...

M. MAGALLANES MOURE.

Actualidad extranjera



Ultima fotografía de la reina de Servia, Draga Maschin, asesinada últimamente



Guillermo II de Alemania, visitando el santuario de la Torretta del Monte Casino (Roma)



Llegada de los soberanos italianos á Venecia.—La góndola real atravesando el canal de la Luna

Los lectores recordarán los retratos que ofrecimos, como esforzado adelanto, de los reyes de Servia, Alejandro I y Draga Maschin, á raíz de su trágicas muertes conjuntamente con otros miembros de la Corte, y que ha atraído la atención del mundo entero. En espera ahora de notas gráficas tomadas en el mismo suceso y otras informaciones relativas que hemos de recibir de nuestro corresponsal europeo, ofrecemos hoy la última fotografía de la reina asesinada, por la que se verá que había razón sobrada para que Alejandro hiciera lo que hizo y se echara sobre sí



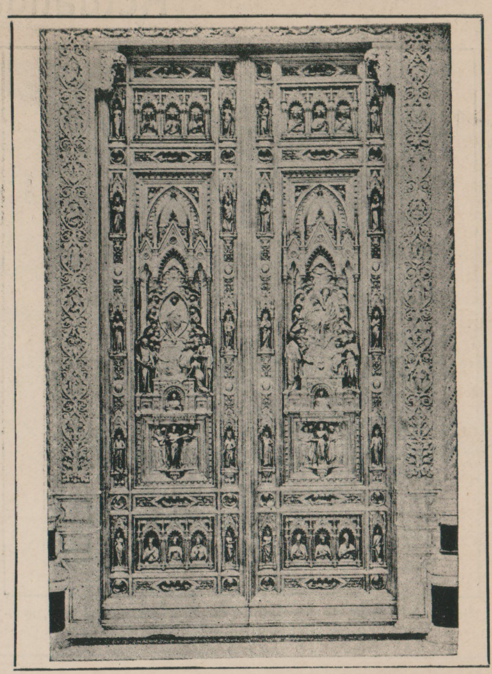
La góndola real entrando en Venecia



Los soberanos italianos en Florencia.—El pueblo aclamándolos frente al palacio Pitti



Llegada de los soberanos italianos á la inauguración de la puerta de Santa María de la Flor en Florencia



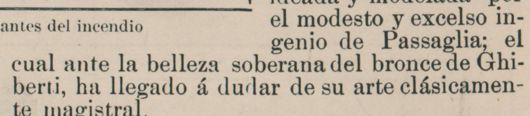
La puerta de bronce de Santa María de la Flor

los enojos de su familia y de su pueblo, que le han costado la vida. Era verdaderamente bella la infeliz Draga.

—De paseo á la ciudad Eterna de Guillermo II de Alemania, ofrecemos un grabado, que da cuenta de la visita de aquel soberano al santuario de la Torretta de Monte Casino.

—Ultimamente los reyes de Italia han hecho una gira por varias ciudades de su reino, siendo recibidos en todas partes por sus súbditos, con aclamaciones y honores. De esa gira real también informamos gráficamente.

—Ha sido inaugurada en Florencia la gran puerta de bronce, obra de augusto Passaglia, de la iglesia de Santa María de la Flor. Asistieron á la ceremonia los reyes de Italia que fueron calurosamente aclamados, aunque dentro de los límites de la mesura y respeto propias del pueblo florentino. Cuando la carroza real llegó al frente de la iglesia, los soberanos volviendo sus rostros saludaron á la muchedumbre cariñosamente. Numerosa fué la concurrencia que asistió á la inauguración de la magnífica puerta mayor, ideada y modelada por el modesto y excelso ingenio de Passaglia; el cual ante la belleza soberana del bronce de Ghiberti, ha llegado á dudar de su arte clásicamente magistral.



El Banco Otomano antes del incendio



La posada Colombo de un súbdito italiano, adyacente al Banco Otomano



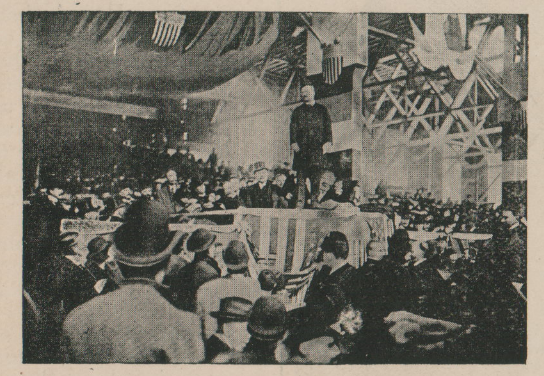
Las ruinas del Banco Otomano, después de la explosión, vistas de un costado

—En la tarde del 20 de abril, Salónica se vió convertida en teatro de un espectáculo sombrío, que llenó de espanto á la población. Turbas de macedónicos en carruaje, largáronse por la ciudad, arrojando bombas de dinamita contra el banco, casa de comercio, restaurants, clubs y cafés. Se calcula que se han disparado no menos de cincuenta bombas, las cuales produjeron graves derrumbamientos y víctimas numerosas. En nuestros grabados aparecen principalmente la sucursal del Banco Otomano, antes y después del terrible atentado.

—El enérgico é intelectual presidente de la grande Unión Norte Americana, inauguró el 30 de abril, en San Luis, sobre el Missisipí, los trabajos de la colosal exposición mundial que se abrirá á la admiración del público el 30 de abril de 1904. Ofrecemos una excelente instantánea, en la que se ve al presidente Roosevelt en pie sobre una roja tribuna, en el momento de dirigir la palabra á la numerosa concurrencia, en la que se hallaba el cuerpo diplomático, y representantes de todos los Estados de la Unión. San Luis, capital del Estado de Missouri, es la cuarta ciudad de la Confederación Norte Americana, y cuenta con un total de 600,000 habitantes.

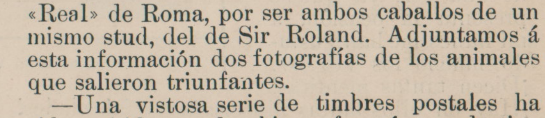


Monumento á Galileo Ferrario inaugurado recientemente en Torino



El presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, inaugurando los trabajos de la Exposición de San Luis

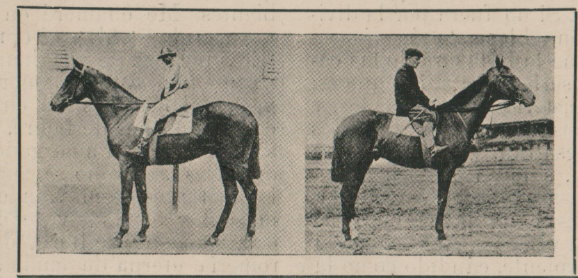




Sellos de correo nuevos de Djibouti (Somalis), posesión francesa

—El 17 de mayo se inauguró en la ciudad de Torino el monumento erigido á la memoria del insigne electricista italiano Galileo Ferrario, á quien Edison ha llamado maestro y que con sus grandes estudios y experiencias en la aplicación científica de la electricidad, ha servido de base á posteriores notabilidades en el ramo como Tomás Edison y Guillermo Marconi.

—Las dos grandes carreras que se corrieron en Roma y Milán últimamente fueron las notas sportivas que llamaron grandemente la atención de los entusiastas de los studs de ambas ciudades. En esas carreras habían dos grandes premios que eran el punto de espectativa de los sportivos. Eran ellos el «Premio Real» y el «Gran Premio del Comercio». Al «Premio Real» corrido en Roma se presentaron á disputarlo de los 46 inscriptos sólo 11. El tiro era de 2,400 metros y tenía como premio 24 mil liras. Salió triunfante el caballo «Esquilino», con 56 kilos, y montado por Rigty, jockey americano, que era el favorito. El del «Comercio» corrido en Milán tenia como premio 50,000 liras, razón por la cual adquirió mucho más interés que el de Roma. En él corrían caballos de studs nacionales y extranjeros, siendo gran favorito «Cresus», de ecurie francesa. Sin embargo, salió ganador el caballo «Keepsake», con 64 kilos, montado por el mismo jockey americano Rigty, quien había ganado el premio «Real» de Roma, por ser ambos caballos de un mismo stud, del de Sir Roland. Adjuntamos á esta información dos fotografías de los animales que salieron triunfantes.



«Esquilino», caballo ganador del Derby Real de Roma

«Keepsake», caballo ganador del premio del Comercio de Milán.

—Una vistosa serie de timbres postales ha sido emitida por el gobierno francés con destino á «Djibouti», en la costa francesa del Somalis, y de la que ofrecemos el diseño de dos de ellos, el de 20 céntimos y un franco, para que nuestros numerosos aficionados filatélicos se den cuenta de cómo son, ya que nos parece que en cuanto á su posesión se van á quedar con las ganas, á estar á lo que decimos más abajo.

La Serie compónese de tres tipos, y son muy escasos por el poco correo que hay con esa lejana posesión francesa.

Rosas de calvario

«El amor es azul».—*Idolos Rotos.*

Hasta la casa, oculta en un arrabal, llegaban los rumores de una fiesta pública.

En las ráfagas del aire venían fragmentos de una música de banda, y bajo el cielo primaveral se rompía de cuando en cuando la fábula de un cohete, prendiendo en el aire su maravillosa y efímera constelación: estrellas azules, rosas verdes, perlas de oro, lágrimas ilusorias, desvanecidas de improviso bajo la noche radiante.

En la sala, la lámpara con su pantalla de seda roja parecía una mariposa fantástica, y la luz color de rosa de la lámpara alumbraba en el rincón más próximo una panoplia de caza. Sobre dos puñales en cruz se destacaban un cuerno y un látigo cuyo puño semejaba la cabeza de un fauno; y en la cabeza del fauno el artista genial había cincelado la risa, la antigua y sardónica risa del feliz atisbador de ninfas tras los boscajes de rosas y laureles de la campiña primordial.

Apoyados en el reborde del balcón, bajo la noche estrellada, Pablo y Clara meditaban. Era el segundo aniversario de su matrimonio, y cada uno enhebraba las perlas de su recuerdo en un hilo ideal. Pero el hilo de Pablo era azul y romántico.

—Mira aquella estrella, Clara; es Rigel. ¿Recuerdas mi poema *Rigel?*

—Sí. Era un cuento fantástico. Tu imaginación de poeta ideaba una luna de miel en la más azul de las estrellas... Porque tu amor era azul... El poema era muy bello... pero demasiado romántico... en fin, para confesártelo de una vez, ya que se presenta la ocasión, á mí nunca me han gustado mucho los versos. ¡Dicen tantas mentiras! ¡Hay en ellos tantas hipocrecías y falsedades! Perdónamelo, pero siempre he creído á los poetas unos grandes farsantes...

Señorita Anita Viera (maragata)

—Tienes razón. Somos unos grandes farsantes, pero hacemos de la vida vulgar y ruin la más bella de las farsas. Si no fuera por la divina poesía que todo lo ennoblece, ¿qué sería para mí tu cuerpo que tiene la blancura de las camelias? Tu cuerpo no sería para mí lo que es: lira ebúrnea llena de misteriosas sonoridades, y cada uno de tus hombros incomparables las dos más albas estrofas de esa lira. ¿Que sería para mí tu alma sin mi verso, sino un pomo hermético cuya esencia milagrosa jamás hubiera turbado mis sentidos? El verso es la llave de oro que abre todos misterios. El verso es altivo como el águila, sutil como la serpiente, cándido como la paloma, tímido como el ciervo, feroz como el tigre, amoroso como la tórtola. Tiene todas las formas. Baja á los abismos más profundos y escala las cimas más altas.

¿Cómo hubiera yo conquistado tu corazón si no hubiera sido por el prestigio de mi verso?..

Vuelve á mirar la estrella. Está más azul todavía. ¿No escuchas una música disuelta en el aire como un perfume sutil?

El verso, y la música y el perfume son azules... El amor es azul...

—Tu cabeza está llena de delirios. ¿Por qué no decírtelo? Tu verso jamás ha penetrado en mi alma. ¿No lo crees? Lo que llenó mi corazón antes que tu arte y tu poesía fué la leyenda de tu vida bohemia Tu vida de aventuras y locas fiestas me atravesó el pecho como un dardo. Tus canciones eran pálidas al lado de la poesía de tu vida vagabunda.

Eso es lo que siempre he amado en ti; pero ahora, ahora... Solamente en el pasado, en la evocación es cuando vive mi corazón...

—¡El pasado! ¡La bohemia! La más infame y más innoble época de mi vida...

—No. ¡La más bella! ¡Ay! Hace días que una pena me consume. Quiero que me salves. Estoy á punto de cometer una gran infamia... Es una flor de peligro y de crimen, una flor de pétalos negros y rojos, abierta sobre un abismo...

—¿Qué dices? ¡Habla! ¡Habla!..

—Estoy á punto de serte infiel...

—¡Clara!

—Sí. Estoy á punto de serte infiel... Pero tú me salvarás... En tus manos está el remedio divino. Sí. Tú me salvarás. Escucha: ¿Recuerdas que fuimos juntos al circo? Pues bien, allí fué donde se despertó de nuevo, más vibrante que nunca, mi alma bohemia y aventurera... mi alma que ama con amor calidísimo los caminos interminables, los caminos polvorientos, los largos caminos; mi alma que ama los cielos diversos y las flores cambiantes. Me enamoré en el circo, y aún estoy enamorada—¡oh! ¡qué oprobio! ¡qué vergüenza! ¡Eres incapaz de imaginarte de quién! Me enamoré y aún estoy enamorada (si tú no me salvas), del hércules del circo. ¡Ah! Tú no sabes cuántas noches de fiebre, cuántas noches de insomnios me han amargado la vida en estos últimos días!.. Yo no sé cómo se llama, pero todos los instantes de mi vida los llena ese hombre de músculos fornidos y de mirar insolente, que á cada momento se burla de la muerte; y que en romería eterna de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo va desafiando el peligro más inaudito bajo las miradas de las multitudes sorprendidas y admiradas, que lo aclaman como un héroe, y que él mira desdeñosamente y saluda con la más melancólica de sus sonrisas. ¡Ah! Este amor es una enfermedad de mis sentidos. ¡Pero tú me salvarás! Si no me salvas, huiré detrás de él y seguiré á ese hombre funesto como la última de sus esclavas. Pero no, tú me salvarás.

—¿Pero cómo? ¿Qué dices? ¿Estás loca?

—No, no estoy loca. Es la verdad, toda la verdad. Mira mis lágrimas. ¡Ay! Y tú que me recordabas tu poema! El astro azul de nuestro amor... ¡Mira! Allí está mi salvación; allí está mi remedio. Allí está; sobre la panoplia... ¡Descuélgalo! No te dé dolor. Es necesario... Yo te lo suplico. Esa es mi salvación... Porque yo te amo... yo te amo...

Por sus mejillas corría una inacabable fuente de lágrimas.

Pablo descolgó el fuete de la panoplia; y pálido, intensamente pálido, con las pupilas llameantes y los dientes apretados, en el silencio de la sala, junto á la lámpara color de rosa, descargó varias veces, muchas veces el fuete. El fuete silbaba trágicamente en el aire, empuñado por una mano robusta y firme. Al terminar el silbido infamante, Pablo vió sobre el hombro de nieve de su esposa un intenso cardenal que parecía una rosa violácea; muchas de aquellas rosas tendría sembradas en su cuerpo blanquísimo. Y cuando en un acceso de piedad profunda, Pablo, llenos de lágrimas los ojos y exhalando hondos sollozos, pasó sus labios místicamente sobre aquella herida vergonzosa, dándole un beso muy triste sobre aquella rosa morada, aquella rosa de calvario abierta en la albura del hombro, escuchó á Clara que muy quedo le decía con su voz más amorosa y más tierna...

—¡Gacias! ¡Gracias, Pablo! ¡Cuánto te amo!..

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

Leyenda rusa

El príncipe, el joven príncipe, tan hermoso como un rey, está mortalmente herido.

Cuando andaba de caza por los bosques, distraído en el recuerdo de las doradas trenzas de su mujer, fué acometido por un jabalí que le atravesó con sus afilados colmillos.

Allí está tan pálido como un manojo de jazmines, tendido sobre la cama ensangrentada.

Alrededor de la cama están llorando tres mujeres: la madre, la hermana y la hermosa.

—Vamos corriendo, dijo la madre, á casa del nigromántico que vive retraído en lo más recóndito de los bosques. Nadie más que él puede hacer un bálsamo que cure á mi hijo.



Tres monadas

Cuando llegaron á casa del nigromántico, éste les habló así:

—Puedo daros un bálsamo que cure al príncipe, pero es preciso que me déis en pago de ese bálsamo, tú, la madre, el brazo derecho; tú, la hermana, la mano blanca, con el anillo en el dedo, y tú, la esposa, tu trenza dorada.

La madre dijo: ¿Nada más que eso?, y dió su brazo derecho.

La hermana dijo: Tomad mi mano blanca con el anillo.

Pero la esposa dijo sollozando:

¡Ay! ¿Tendré que cortar mi trenza dorada?.. No puedo...

Y el nigromántico se quedó con su bálsamo.

Y el príncipe murió.

Allí están las tres mujeres llorando junto al cadáver.

La madre llora sosteniendo la cabeza de su hijo querido.

La hermana llora á los pies del príncipe.

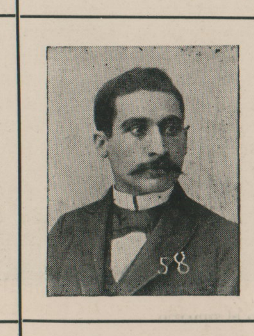
Y la esposa llorando junto al corazón. ¡Junto al corazón que palpitó con amor tan tierno por sus trenzas doradas!

Y en donde lloraba la madre brotó un hermoso río de hondas inmortales el cual está corriendo todavía. Donde lloró la hermana brotó un cristalino manantial.

Pero donde lloraba la esposa, se formó un charquito que se secó en cuanto le dió el sol.

Nuestro corresponsal en Chile

En el deseo de ofrecer á nuestros numerosos lectores una información al día de lo que pasa en Chile de sucesos de importancia, así como para aumentar con colaboraciones literarias de valer la abundante nómina que ya tenemos, hemos nombrado nuestro corresponsal en ese país á don J. Santiago Espinosa, persona activa y competente para el cargo que le hemos designado.

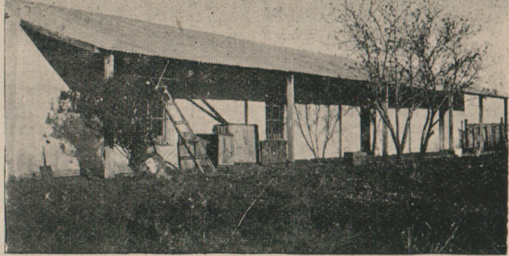


Señor J. Santiago Espinosa

Asimismo el señor Espinosa tiene amplias facultades para la propaganda de nuestro semanario en esa república, con objeto de dar ensanche á nuestra circulación, que, dicho sea sinceramente, se ha extendido por toda la América latina.

Este nombramiento nos pone ahora en condiciones de atender debidamente las suscripciones de ese país trasandino, pudiendo los interesados pedir la remisión del periódico á dicho corresponsal, persona de toda nuestra confianza para el desempeño del cargo.

El crimen del Daymán

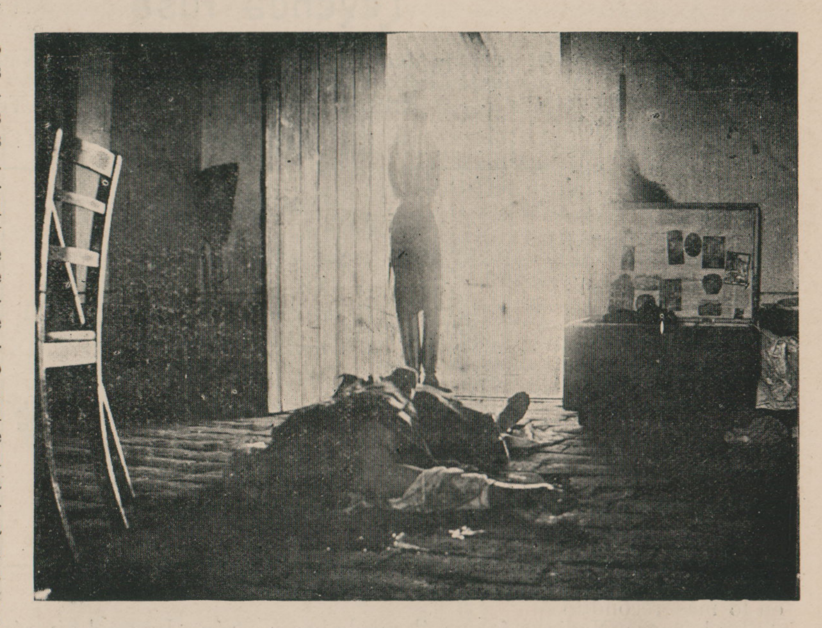



Casa donde habitaban los esposos Cervelli

Afortunadamente para nuestra justicia, después de difíciles pesquisas, ha podido hacerse la luz en el crimen expeluznante cometido en el Daymán, departamento de Paysandú.

La prensa ha dado hace ya días todos los detalles del horrible hecho, por lo que nosotros no haremos de él más que una ligera reseña.

Como se ve en nuestra fotografía, el baúl violentamente abierto y el desorden en que se hallaron las ropas que contenía, hicieron sospechar á la justicia que el crimen tenía por objeto el robo, lo que pudo constatarse después. En la pared, y encima del baúl hay manchas de sangre, producidas, al apoyarse, por la palma de una mano ensangrentada. En el centro de la habitación y tendida en el suelo yace la esposa de Ramón Cervelli, quien siguió la misma suerte de su infortunada compañera. La cabeza destrozada á palos ha dejado escapar parte de la masa encefálica, la que se encuentra diseminada junto al cadáver.



La señora de Cervelli asesinada

Después de varias declaraciones, el detenido Ramón Gadea confesó no ser ajeno al asesinato, declarando del siguiente modo la parte que en él le correspondía: Llegué á la casa de Cervelli á las 4 de la mañana y llamé por repetidas veces á la puerta. Al preguntárseme de adento quien era, dí mi nombre, permitiéndoseme enseguida la entrada.

Pretestando ganas de fumar, pedí á Cervelli un paquete de tabaco, que no pudo alcanzarme, porque antes lo derribé de una puñalada certera, ultimándolo á cuchillazos una vez en el suelo. En cuanto á los palos que presenta en la cabeza, niega Gadea que él se los haya dado. Terminó su declaración acusando á Ireneo Marín también detenido, de la muerte de la mujer de Cervelli.

Jura y perjura que nada tiene que ver en cuanto á esta última, producida tal vez por arte de encantamiento. Sin embargo, las autoridades persisten en considerar á Gadea único autor del asesinato.

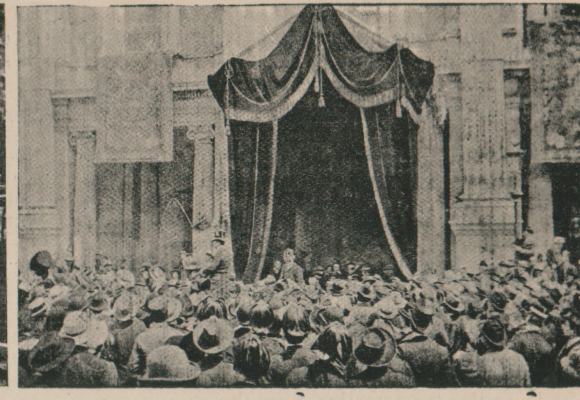


Las autoridades levantando el sumario

Marconi en Roma



Marconi acompañado de su madre en dirección al Campidoglio



Demostración popular á Marconi á su llegada al Campidoglio

Dada la importancia de los festejos, ofrecemos en el presente número una completa información de los recibimientos que en Roma, y en todos los puntos donde se ha presentado, ha recibido el joven é inmortal inventor Guillermo Marconi. En Milán, en Bologna y en Florencia, prepaáronse especiales recibimientos y fiestas; pero una pasajera dolencia nerviosa ocurrida á Marconi, lo obligó á renunciar—por consejo médico — todas estas nuevas emociones, mucho más cuando las energías de él son requeridas en estos momentos por una nueva estación radio-telegráfica que piensa establecer en las proximidades de Pisa.

En Campidoglio pronunció una magnífica conferencia que versó sobre su descubrimiento.

Era inmensa la muchedumbre que se agolpaba en Campidoglio, ansiosa de ver al triunfador y saludarlo cariñosamente.



Pergamino ofrecido por la ciudad de Roma á Marconi, nombrándolo ciudadano

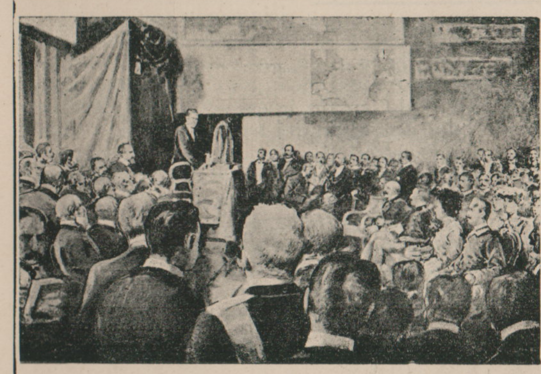
Ella no podrá penetrar en el salón de conferencias,—lo sabe; pero quiere demostrar su admiración al nuevo conciudadano.

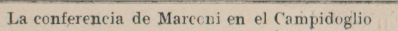
Marconi llegó acompañado del síndico y del duque de Génova.

Al poco rato eran saludados por el himno real la pareja real italiana, que junto con el duque de Aosta, conde de Torino y duque de los Abruzzos, llegaron en carroza escoltados por coraceros.

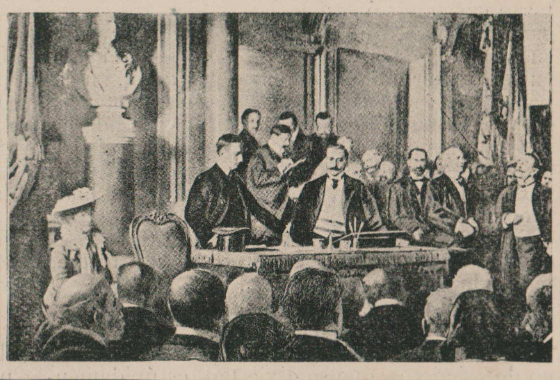
Desde muy joven Marconi cursó sus primeros estudios en Firenze, en el «Instituto Cavallero», instalado en el palacio de la calle Terme.

Recordando el hecho, en la fachada del edificio fué colocada una hermosa lápida. La ceremonia fué sencilla, hablando en ella un antiguo condiscípulo de Marconi.





La conferencia de Marconi en el Campidoglio



El acto de la entrega del pergamino á Marconi, que lo nombra ciudadano romano

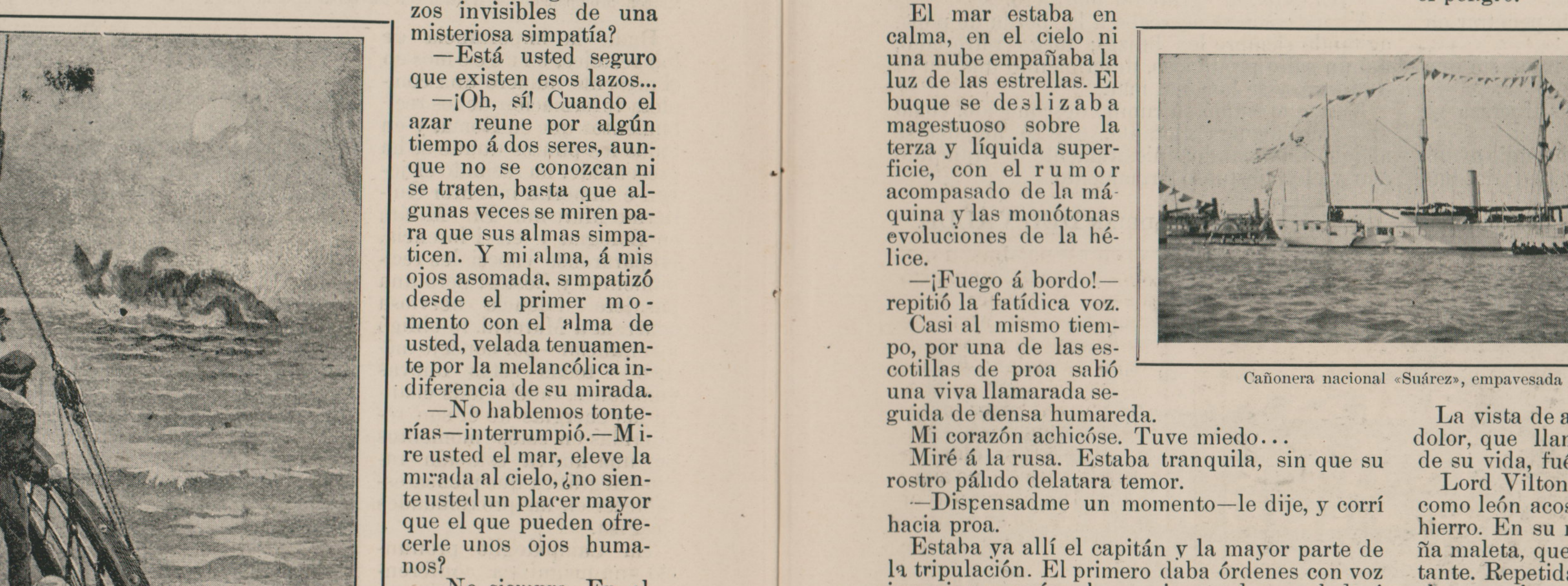
En el mar

Fragmento del libro «Cuentos Inverosímiles».

Hacía rato que había cerrado la noche. La cubierta del buque estaba desierta. Me hallaba solo, completamente solo, en religiosa contemplación ante el sublime espectáculo que se extendía á mi vista.

No obstante la semi-obscuridad que lo envolvía, divisaba el buque en toda su longitud, con sus altos palos, sus jarcias, sus velas recogidas y su grande chimenea, de cuya ancha boca salían á veces rojas chispas de carbón incandescente, que brillaban un momento y desaparecían fugaces impelidas por el viento. A lo lejos en el puente de proa, distinguía vagamente la negra silueta del oficial de guardia.

Mar y cielo era todo lo que veía á mi alrededor. El azul obscurísimo del firmamento cuajado de brillantes estrellas, formaba una inmensa bóveda que descansaba sobre la grandiosa llanura del mar, cuyas aguas se movían en suaves hondas, en rizos de blanca espuma, que al ser heridos por los pálidos rayos de la luna, semejaban fuegos fátuos que se apagaban y encendían continuamente.



Apenas se oía el susurro plañidero de la brisa marina. Un murmullo confuso, como el sordo quejido de un monstruo, parecía salir del seno profundo de aquella gran masa de agua, de aquel mar entonces tranquilo, pero que quizás no tardaría en despertar de su letargo, agitándose terrible y amenazador, bramando de coraje, espumeante, bravío, levantando y hundiendo montañas enormes de agua.

En mi contemplación no sabía qué admirar más: si aquel mar tranquilo, sin olas que agitaran sus aguas ó aquel cielo purísimo, sin nubes que obscurecieran la suave luz de las estrellas. El uno me atraía con su sordo murmullo, su abismo profundo, en cuyo seno miles de seres luchan por la existencia; el otro me fascinaba con su infinito insondable, sus mundos desconocidos, poblados quizás de otros seres y quizás también sujetos á luchar para vivir, como el pez en el agua, como el hombre en la tierra.

Abstraído hallábame en mi contemplación, cuando un ruido de pasos tras de mí hízome volver la cabeza. Era la rusa.

—Hermosa noche—le dije.

Se detuvo y contestó:

—Pero pocos saben gozarla. El salón está lleno de pasajeros, que se divierten estúpidamente; aquí... ya usted vé, estamos dos.

—¿Le agrada á usted la soledad?

—En ella *siente* el espíritu vida más intensa, se comprende más á la Naturaleza, se ama más al semejante.

—¿Amar más al semejante cuando precisamente se huye de él?..

—La distancia embellece á las cosas; para amar á los seres es mejor apartarse de ellos, huir de sus pasiones, de sus egoísmos, de sus ambiciones, de sus hipocresías, engaños y convencionalismos.

—Usted, joven y bella, ¿cómo puede alimentar ideas semejantes? ¡Marchitar su belleza y su juventud en una soledad estéril! . Usted ha sufrido mucho, ha recibido algún desengaño; un gran sufrimiento moral ha amargaño su existencia.

—¿Qué sabe usted? ¿Puede acaso penetrar en los misterios de un alma ajena á la suya?

—¿Por qué no, si á esa alma me ligan los lazos invisibles de una misteriosa simpatía?

—Está usted seguro que existen esos lazos...

—¡Oh, sí! Cuando el azar reune por algún tiempo á dos seres, aunque no se conozcan ni se traten, basta que algunas veces se miren para que sus almas simpaticen. Y mi alma, á mis ojos asomada, simpatizó desde el primer momento con el alma de usted, velada tenuamente por la melancólica indiferencia de su mirada.

—No hablemos tonterías—interrumpió.—Mire usted el mar, eleve la mirada al cielo, ¿no siente usted un placer mayor que el que pueden ofrecerle unos ojos humanos?

—No siempre. En el mar y en el cielo admiro la grandeza de la naturaleza; ante unos ojos femeninos que me acarician con su mirada, presiento el amor y la perpetuación de mi ser... Por ejemplo, hace poco me extaxiaba contemplando cuanto me rodea; pero ahora que está usted á mi lado, créalo, apenas si me interesa la tranquilidad soberana del mar y el brillo refulgente de las estrellas.

—¡Siempre la lisonja! No vale usted más que la generalidad de los hombres.

—No me juzgue usted mal; no es lisonja; expreso lo que realmente siento.

Callamos los dos. Ella contemplando el mar, yo contemplándola á ella.

Hasta nosotros llegaron, en medio del suave rumor de la brisa marina y del acompasado ruido de las ondas, las vivas y alegres notas de un vals...

—En el salón se baila. Los señores pasajeros se divierten—dije á la rusa.

—Se divierten...—repitió ella.—Y, sin embargo, á pocos pasos de aquí el sufrimiento calla ahogando los ayes del dolor; la miseria se oculta, á montones, en los inmundos camarotes de tercera. Allí ni se baila ni se ríe; allí se sufre y se calla. ¡Pobres gentes que la miseria obliga á huir de su patria, abandonar el triste hogar, para marchar á lejanas tierras á dar su vida entera, á vender su trabajo, á dejarse explotar para no morirse de hambre!...

Cesó el vals y resonaron nutridos aplausos, profanando con su ingrato ruido el solemne silencio que reinaba en el espacio.

Mientras tanto, el buque seguía su marcha, magestuoso, indiferente á la alegría y al dolor, á la opulencia y á la miseria, al orgullo y á la humildad de los seres que en su seno llevaba, azotando constantemente las aguas con su incansable hélice y dejando tras sí una estela de blanca espuma...

—

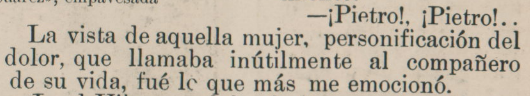
—¡Fuego á bordo!

Ese grito lanzado repentinamente, resonó trágico en medio de la soberana quietud de aquella noche serena.

El mar estaba en calma, en el cielo ni una nube empañaba la luz de las estrellas. El buque se deslizaba magestuoso sobre la terza y líquida superficie, con el rumor acompasado de la máquina y las monótonas evoluciones de la hélice.

—¡Fuego á bordo!—repitió la fatídica voz.

Casi al mismo tiempo, por una de las escotillas de proa salió una viva llamarada seguida de densa humareda.



Cañonera nacional «Suárez», empavesada

Mi corazón achicóse. Tuve miedo...

Miré á la rusa. Estaba tranquila, sin que su rostro pálido delatara temor.

—Dispensadme un momento—le dije, y corrí hacia proa.

Estaba ya allí el capitán y la mayor parte de la tripulación. El primero daba órdenes con voz imperiosa; corrían los marineros de un lado á otro... Pronto la cubierta del buque vióse invadida de pasajeros aterrorizados, de los cuales partía un clamor creciente de lloros, lamentos, rezos é imprecaciones. La confusión y el espanto llegaban al paroxismo.

¡Qué cuadro aquel!... Jamás lo olvidaré. El fuego crecía por momentos, siendo inútiles los titánicos esfuerzos de la tripulación para detenerlo ó localizarlo. Toda la parte de proa habíase convertido en una inmensa hoguera, cuyas gigantes lenguas de fuego iluminaban siniestramente el Océano en una gran extensión, dándole fantástico aspecto de un mar de oro líquido... En la popa agrupábase el pasaje enloquecido. Las mujeres, unas lanzaban alaridos desgarradores, otras imploraban al cielo de rodillas; las madres estrechaban contra su seno á los tiernos hijos; muchos hombres corrían frenéticos, sin atinar en lo que hacían; algunos permanecían inmóviles como estátuas, paralizados por el terror. Ya no existían clases ni jerarquías; habían desaparecido los convencionalismos; todos se confundían en aquellos momentos de peligro, ansiosos sólo de salvar la vida.

Hasta nosotros llegaban confusos clamores, apagadas voces de angustia y dolor, que venían de proa, de los infelices pasajeros de tercera que no habían tenido tiempo en ponerse en salvo, habiéndoles sorprendido durmiendo la repentina catástrofe.

No había esperanzas de vencer ni siquiera de localizar el fuego. El capitán dió órdenes de bajar las lanchas, efectuándolo con presteza la tripulación. Muchos hombres se abalanzaron á la barandilla para ocupar la primer lancha.

—Primero las mujeres y niños—gritó el capitán, haciendo retroceder á los intrusos con su revólver.

Pasado el primer momento de terror que se apoderó de mí, sentíame tranquilo, contemplando ya el espectáculo siniestramente bello de aquel mar incandescente, ya el cuadro trágico de la multitud enloquecida, atenta sólo á su salvación. Tuve ocasión de presenciar varios casos individuales de supremo terror, de egoísmo, de abnegación y de indiferencia aparente ante el peligro.

Una mujer joven, con un niño de pecho en brazos, permanecía de pie, lo más cercana posible al lugar del fuego, retratando en su mirada, en todo su rostro, muda é intensa desesperación. Daba de mamar á la tierna criatura, sin cuidarse de cubrir su blanco seno. De vez en cuando gritaba con angustiosa voz, sin que nadie contestara á su llamamiento:

—¡Pietro!, ¡Pietro!..

La vista de aquella mujer, personificación del dolor, que llamaba inútilmente al compañero de su vida, fué lo que más me emocionó.

Lord Vilton, andaba furioso por la cubierta, como león acosado en su jaula por el candente hierro. En su mano derecha llevaba una pequeña maleta, que no abandonaba ni un solo instante. Repetidas veces intentó saltar á las lanchas, con bruscos ademanes, retrocediendo solamente ante el revólver amenazador del capitán.

—¡Yo soy Lord Vilton!—gritóle la última vez al capitán.

—No me importa—contestó éste.—Primero estas señoras; luego vendrá el turno de usted.

Lord Vilton se dirigió á una de las mujeres que se disponían á bajar.

—Mil libras esterlinas si me cede usted su turno.

—Al infierno tú y tus libras—le replicó el marinero que ayudaba á las mujeres, al tiempo que le daba un fuerte empujón.

Perdí de vista al repugnaate lord. Busqué con ansiedad á la rusa: la hallé no lejos de la mujer que tenía el niño en brazos, á que contemplaba con interés no exento de pesar. Estaba tranquila, como siempre pálida y bella; sólo sus ojos brillaban más que de costumbre.

—¿No baja usted?—le dije.

—Hay tiempo—respondió.

Con bastante orden fueron bajando á las lanchas los pasajeros, facilitando mucho la opera-

ción la calma absoluta del mar. Ya sólo quedábamos contadas personas sobre cubierta.

La mujer con el niño en brazos, fija siempre la mirada en la hoguera de proa, no cesaba de proferior su angustioso y desgarrador llamamiento:

—¡Pietro, Pietro!...

La rusa se acercó á ella.

—Vamos—le dije con dulzura—es preciso abandonar el buque.

—¡Oh, *signorina!* ¿mi *Pietro*, dónde está mi *Pietro?*

—Ya lo encontrará; quizás ha bajado ya á una de las lanchas.—Y cogiéndola suavemente por un brazo la condujo hasta la escalera.

Descendimos. Tras de mí sólo quedaba el capitán.

—¿Y usted no baja?—le pregunté al ver que no me seguía.

—Dentro un momento—contestó.

Ya en la lancha, el oficial me preguntó:

—¿Queda alguien arriba?

—Unicamente el capitán.

Casi al mismo instante asomó éste el busto por encima de la barandilla y gritó:

—Dos minutos. Voy á probar de penetrar en mi camarote.

Desapareció. Esperamos largo rato, sin que volviera.

—¡Capitán!—gritó con todas sus fuerzas el oficial.

No contestó. Mientras tanto, el incendio avanzaba avivado por la misma velocidad del buque.

—Cuánto tarda. Con tal que los dos minutos no se conviertan en una eternidad...—murmuró el oficial.

Se levantó y sirviéndose de sus manos como de una bocina le llamó.

Nada. Sólo se oía el sordo silbido del incendio. La angustia, la ansiedad, el temor se retrataba en nuestros semblantes, congestionados por el horrible calor. Las llamas voraces llegaban ya á pocos metros del bote, cegando nuestros ojos y quemando nuestra piel. Era imposible continuar allí.

—Señor oficial, me estoy asando—dijo el marinero de proa.

Pasó otro infernal minuto. Llegó hasta nosotros el estrépitó de un derrumbe sobre la cubierta y nos vimos envueltos en una lluvia de incandescentes chispas.

—Desamarra—ordenó al fin el oficial. Soltó el marinero la cuerda y el buque se separó rápidamente.

De pronto, una trágica visión hizo escapar de nuestros pechos un grito de horror.

En la cubierta del incendiado buque, agitábase una figura humana envuelta en llamas.

—¡El capitán!—gritó un marinero.

Vimos cómo se acercaba á la borda de popa, agitando siempre los brazos; luego retrocedió, dió un salto prodigioso, describiendo una curva de fuego, y se lanzó al mar.

El buque siguió su rumbo desconocido, como una gran hoguera flotante, que se alejaba, se alejaba iluminando siniestramente e tranquilo mar y el majestuoso firmamento.

ADRIÁN DEL VALLE.



J. M.—Su trabajo no es malo, es peor. Por lo tanto, vaya adivinando el paradero.

T. A.—Siempre hemos mirado con simpatía á la Sociedad Protectora de Animales. Por eso perdonamos á usted su osadía antiliteraria.

L. G.—

«Muertos no son los que en la mesa dura
El turno esperan tarde, noche y día.
Muertos son los que van á la basura
¡Y escriben todavía!».

R. M. A.—Y la luz se debilitaba, alumbrando con sus postrimeros rayos, el rosado cadáver de la criatura moribunda».

¡Lástima grande que la luz se haya apagado sin alumbrar antes su espíritu *cadavérico*.

E. P. S.

«Sus dientes marfilentos
Mostraba amenazantes.
Mientras yo muy tranquilo
Me sacaba los guantes».

Alabo su entereza y sangre fría.

E. P.—A juzgar por sus tonterías, de las nueve hermanas no acompañan á usted ni 3/4 de docena.

T. H. U.

«El farol se había apagado,
La calleja estaba oscura.
Y en el balcón resaltabas
Con tu elegante figura».

Está usted muy jaranista.
Dios le conserve la vista.

L. A. S.—Siga marchando no más por ese camino, pero cuide de no treparse á la vereda.
¡Aplican tantas multas!

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.—Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom

Administrador:
AGUSTIN SALOM



18 de Julio, 194
1.er piso
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3 00	Por un año adelantado	» 5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0 10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10 20
Demetrio Errausquin - Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5.80
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

roso, se dirigió con sus hombres, del lado de la diligencia, corriendo mil peligros.

Cuando estaba á medio tiro de fusil, vió á Luisa que se asomaba á la portezuela, intentando abrirla, y le gritó que esperara, que iba en su auxilio.

Pero su voz no llegó hasta la joven, apagada por el estruendo del agua y por la confusión que reinaba en el coche.

VI

Cuando vió Varela que Luisa se arrojaba al agua, no vaciló, metió las espuelas al caballo, que se lanzó impetuoso al lago, en dirección á la joven.

Luisa, exhausta, arrebatada por un remolino, levantó por última vez la cabeza, quiso gritar, y el agua la cubrió por completo.

Varela se arrojó del caballo, y nadó vigorosamente hacia el punto en que había desaparecido la joven, y tras breves instantes la alcanzó, se sumergió, la asió por la ropa, y volvió á surgir.

Pero como estaba vestido de charro, su grueso traje embebido de agua, se hizo tan pesado, que entorpeció sus movimientos.

Dos veces se escapó el cuerpo de Luisa de entre sus manos, y otras tantas lo recuperó, haciendo esfuerzos prodigiosos para mantenerse á flote.

La situación se volvió desesperada cuando Luisa, en medio de las ansias de la muerte, echó los brazos al cuello de su salvador, estrechándolo convulsa, sofocándolo, condenándolo á una muerte inevitable

Afortunadamente, allí estaba el fiel y juicioso San Cristóbal, el de la colosal estatura y de las fuerzas hercúleas, que no había abandonado á su jefe, siguiendo con interés las peripecias de la escena.

Medina comprendió que su jefe estaba perdido.

Desató la reata que llevaba á los tientos de la silla, y con serenidad indescriptible, hizo ondear el lazo en el aire, esperando que volviesen á surgir Varela y la joven.

Cuando Varela, en un esfuerzo supremo, surgió del agua, sacando hasta el pecho, Medina, rápido como el rayo, arrojó su certero lazo, y lo templó ligeramente, en el momento que cayó, estrechando el cuerpo de su jefe y el de la joven.

Varela sintió agarrotados sus miembros sin conocer la causa, y se sumergió de nuevo.

Unos cuantos segundos después, se encontraba en tierra firme, sano y salvo, con la joven desmayada.

VII

—¿Y la diligencia? preguntó Varela, olvidando ya el peligro pasado, para ocuparse de aquellos á quienes creía comprometidos.

—Ya está en salvo, contestó el sargento. Los muchachos trabajaron bien.

Entonces Varela comprendió que debía la vida á su sargento, y le dijo, tendiéndole la mano:

—¡Gracias, Medina!

—Usted mande, mi teniente coronel, contestó San Cristóbal con naturalidad, y como si la cosa no valiese la pena de hablar más de ella.

En esos momentos llegaron desolados los padres de Luisa.

—¿Vive, vive? preguntó ansioso el francés.

—Sí. caballero, contestó Varela, saludando á las señoras cortesmente. No sufre más que un desmayo que pronto pasará.

Los padres atendían á la joven; trajeron el caballo de Varela, se organizó el pelotón, montó el jefe en su corcel, volvió á saludar á los paisanos, y el francés lo detuvo, diciéndole:

—¡Señor oficial!

—Servidor de usted, contestó Varela.

—Aquí tengo un cinturón con cien onzas de oro. Sírvase usted aceptarlas.

—Gracias, contestó Varela secamente. No las necesito.

El francés comprendió que había herido la suceptibilidad del joven militar, y le dijo, queriendo componerla:

—Es para que se sirva usted repartirla entre los soldados.

—Muchachos, preguntó Varela, ¿hay alguno de ustedes que las quiera?

—¡No, mi jefe! contestaron todos á una voz.

—Pues flanco derecho, por la derecha, al paso, marchen.

Y desfiló con su gente, dejando al francés asombrado de tanta arrogancia y de tanta hidalguía.

—En esta raza hasta los mendigos son caballerescos, murmuró.

El aspecto de los jinetes que acompañaban á Varela, justificaba el epíteto de mendigos.

—¡Qué hombre tan magnífico! exclamó la institutriz, devorando con los ojos á Varela.

Al pasar frente al piquete de dragones reaccionarios, que seguía preso en la isleta, fué saludado Varela con estruendosos vivas lanzados por sus enemigos, maravillados de tanto valor.

Varela sacó la espada, saludó á sus contrarios militarmente, y se dirigió hacia la montaña, para seguir por caminos extraviados á donde lo llevaban las órdenes de su superior.

CAPÍTULO TERCERO
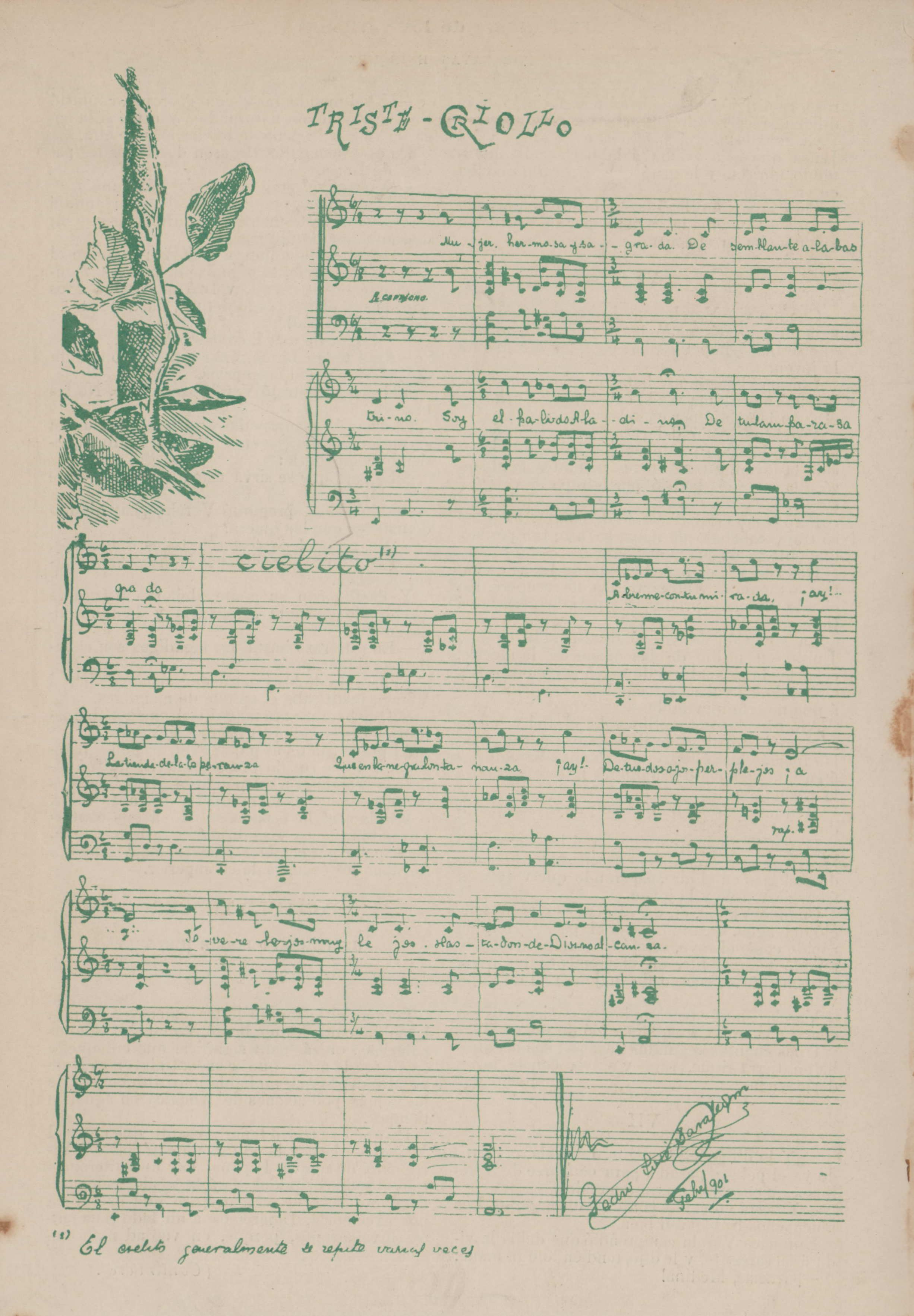
UN PÁRRAFO SOBRE HISTORIA

I

Permita el lector que lo traslademos á Méjico, la noble ciudad que llamó Humboldt «de los palacios», quizás para significar que en aquella época era lo mejor que se encontraba en el Nuevo Mundo, lo que no habla muy alto en pro de las demás poblaciones de América en aquellos tiempos.

Porque es preciso tener presente que entre el Méjico de hoy y la antigua metrópoli del Virreinato de nueva España, hay una diferencia tan grande como del día á la noche; comparación que peca de vulgar, pero que es gráfica por excelencia. Dejaremos á un lado semejantes divagaciones, porque, en verdad nada tie-

(Continuará).


TRISTE - CRIOLLO
Mu-jer, her-mo-sa y sa-gra-da. De sem-blan-te a-la-bas-tri-no. Soy el pa-li-do A-la-di-no De tu lam-pa-ra-sa-
gra-da
cielito (1)
A-bre-me con tu mi-ra-da, ¡ay!...
La tien-da de la es-pe-ran-za
¡ay!- De tus dos o-jos per-ple-jos ¡a
(1) El cielito generalmente se repite varias veces